

Él les dixo:

-Señoras yo me doy en vuestra prisión, que yo no lo hize sino porque cada una mostrasse su derecho, pues que todas lo tenéis bueno.

Y así rieron mucho de cómo estava cada una. Y también el rey de Francia le dixo:

-A buena fe, señor príncipe Lepolemo, que también só yo de los burlados que pensava tener mi casa bien labrada y veo que se me á ido en el aire.

Y después que toda la gente se despertó vinieron luego delante de las ven-

tanás en una plaça que avía un toro encantado, con muchos cavalleros que lo corrían que también eran encantados. Y desque lo ovieron corrido un rato, que todos ovieron plazer, abrióse la tierra y el toro y los cavalleros que lo corrían todos se sumieron, que no ovo más señal d'ellos, de lo cual todos s'espantaron en especial las mugeres. Y así estuvieron todo aquel día aviendo plazer con esto y otras cosas qu'el príncipe hizo adonde fueron bien servidos de todas cosas. (cap. cxlvii, ff. 131v-133v).

## 50. LEANDRO EL BEL

(libro II del *Lepolemo*)  
de Pedro de Luján (traductor)  
(1563)

por  
Anna Bognolo

### TESTIMONIOS

[1] Toledo, Miguel Ferrer, 1563 (19 de mayo) [→]

[2] Sevilla, Francisco Pérez, s.a.

### TEXTOS

#### 1. Las grandes maravillas del Castillo de Cupido

**M**as no uvieron estado allí mucho, cuando vieron que la mar se embravesecía y las olas crecían, de manera que parecían comunicar con el cielo; y el cielo se escureció, cayendo muy fuertes truenos y relámpagos, que más de media hora traxo la gran tormenta; y al cabo d'ella pareció en medio de la mar

[el] más hermoso hedificio del mundo, que era un castillo cuadrado; y en las cuatro esquinas, en cada una, una gentil torre. A la redonda del castillo, avía bien veinte gradas para llegar a la puerta, que en el un lienço del hermoso castillo se hazía. Todo el castillo era hecho de un fino oro lleno de muchas piedras, que gran hermosura era de verlo, y gran resplandor de sí dava. En medio del castillo avía otra torre más alta que ninguna de

**Estudio:** Lucía Megías (2000).

las otras cuatro, cubierta de un chapitel de gran valor, y encima del chapitel estava un dios Cupido de la forma que lo traía Leandro el Bel en el escudo. Las gradas por donde al Castillo de Cupido subían, que assí fue llamado, eran de un blanco y cristalino alabastro; y siendo el hermoso Castillo de Cupido parescido, en él se començaron a tirar tantos tiros de artillería como si todas las armadas del mundo allí se combatieran; y acabada la furia de los tiros, sonó dentro en el castillo la más suave música que podía ser en el mundo, de lo cual los donzeles estavan muy maravillados, y luego vieron abrir de la gran torre una rica puerta, y por ella echaron un gran batel todo labrado de ricos follajes, y luego salieron en él doze gigantes ricamente arreados, los cuales, tomando los remos en la mano, tocaron en el agua, de suerte que parecía la más dulce melodía del mundo, y venían con tanta presteza que en breve fueron en la orilla, y luego el sabidor mandó a los gigantes que metiessen dentro los cavallos y palafrenes, y ellos hizieron con gran diligencia, y los sabidores y los donzeles se metieron en el batel, y los gigantes con la misma melodía dieron la buelta al Castillo de Cupido, y luego los sabidores y donzeles subieron por las gradas arriba hasta entrar en el Castillo de Cupido, y luego los gigantes con gran diligencia metieron los cavallos y palafrenes dentro, y la barca; y, cerrando la puerta, el Castillo de Cupido començó a mover con gran presteza, dando aquellos tiros de la suerte de cuando vino, y los sabidores y los donzeles se entraron en el castillo maravillados de ver su gran estrañeza, assí de ricas salas labradas de oro y piedras, como de otras y muy estrañas labores, que bien parecía todo figurado y hecho por arte; y, siendo todos desarmados, tomándolos el sabidor por las manos, mostrándoles todos aquellos aposentos de

tanta estrañeza, hasta que llegaron a una de las cuatro torres, la cual estava cerrada con una rica puerta, y encima d'ella unas letras que dezían: *Esta es la morada del triunfo de la castidad*; y habiendo leído las letras, luego la puerta fue abierta, y assí los sabidores, como los príncipes, subieron por una rica escalera, hasta que se hallaron en una cuadra toda labrada de marfil y guarnescida de muchas piedras blancas, y en la frontera d'ella estava una figura de donzella en extremo hermosa con ábito caçador y muchos perros y sabuesos cabe ella. Ella tenía sus hermosos cabellos cogidos con una red de oro, y sobre ellos una corona de fino oro, con unas letras de piedras de diamantes que dezían: *Diana, diosa de la castidad*. A la redonda de la sala estavan infinitas donzellas con el mismo ábito de caçadoras, con muchos perros de traíla, y cada una tenía su nombre sobre la cabeza, donde avía muchas de las passadas, assí como la casta Penélope, que tantos años aguardó a su marido Ulixes; la casta Lucrecia, atravesada con su espada; la hermosa casta Dido, muerta por no consentir en la maldad del traidor Yarbás; con otras muchas, que grande rato passaron en contemplantas. A la puerta de la cuadra, estavan unas letras que assí dezían: *La sala del triunfo de la castidad no avrá su fin hasta que a su compañía sea ajuntada la más excelente en castidad de su tiempo*.

Aviendo visto todo aquello, luego se baxaron de aquella sala, y la puerta se tornó a cerrar como de primero; y luego los sabidores con los donzeles, que muy admirados ivan de todo lo que avían visto, movieron por aquellos aposentos hasta la otra esquina del castillo, y vieron en él otra puerta que a la otra torre subía, y sobre la puerta estavan unas letras que assí dezían: *Este es aposento de la desesperación de amor, cuya demanda jamás será acabada hasta que aquí entre aquella que más en su tiempo esta pasión sentirá*. Y luego los sabidores

hizieron abrir aquella puerta, y en compañía de los donzeles subieron a lo alto hasta que se hallaron en una cuadra del tamaño de la otra, toda labrada a maravilla de una piedra de color de amarillo sobre pardo, y guarnescido de muchas resplandecientes piedras amarillas. En la frontera de la cuadra estava una silla vazía sin persona alguna en ella, salvo unas letras que dezían: *El presente asiento de desesperación está aquí guardado para aquella que, con desesperado fin, su vida querrá acabar, donde será puesta hasta que por mano de la otra de aquí sea librada.* A la redonda de aquella cuadra, avía muchas figuras de mugeres que murieron por desastres de amores, como Tisbe por Píramo, y Hero por su amigo Leandro, y la sabia Medea por el cruel Jasón, todas tan tristes que no se quisieron allí detener mucho. Y luego baxaron a lo baxo y, siendo guiados por los sabidores, llegaron a la tercer torre de la otra esquina del castillo, y sobre la puerta vieron unas letras de muy fino oro que assí dezían: *Esta es la morada del descanso de amor, donde cualquiera que d'este mal fuere herido, hallará descanso a su pena.*

Y siendo leídas las hermosas letras y subidos a lo alto, se hallaron en una cuadra muy rica que toda se parecía ser hecha de sus piedras de diversas colores, assí las paredes como el suelo y techo, tan transparente y relumbrante que gran claridad estava dentro. En la frontera de aquella cuadra, estava una figura de diosa Venus, con unas letras que assí dezían: *Esta es la diosa Venus, que siempre buscó descanso a sus amores.* Ella era doctada de tanta hermosura, que todos estuvieron suspensos mirándola. A la diestra del tribunal de la diosa Venus, avía muchas mugeres que en continuo descanso de sus penas avían tenido, sin jamás sentir çoçobras del amor, que por evitar prolixidad no se dize, y también porque a su lugar se dirá más estensamente.

Baxados de allí los sabidores, llevaron a los príncipes a la cuarta torre de la otra esquina del castillo, en la cual estavan unas semejantes letras que assí dezían: *Esta es la cuadra del fuego amoroso, donde aquel que sabe la pasión de amores, su calor no le maltrata, y el que d'él no ha sabido le causa cruel pena.* Siendo leídas las letras, luego los sabidores y ellos subieron a otra muy rica cuadra, a la redonda de la cual estavan muchas donzellas y dueñas ricamente arreadas. Todas estavan abiertas por medio del corazón, y d'ellas salía una flama de fuego muy grande, con el cual se sentían tan alegres que señal de muchas alegrías sus gestos mostravan. Tanto fue el ardor que los donzeles sintieron por no aver aún amado que, no lo pudiendo sufrir, se baxaron abaxo. Solos los dos viejos sabidores pudieron dentro entrar, gozando de aquella suavidad, y al cabo de gran pieça baxaron abaxo, donde los donzeles los esperavan, y por ser muy tarde aquel día no quisieron ver más. Antes, se recogieron a una muy rica sala donde, siendo puestas las mesas, fueron también servidos de los gigantes, y con tantas diversidades de manjares que en corte de ningún rey no lo pudieron ser mejor. Y siendo hora de retraerse, fueron llevados a muy ricas cámaras, donde en muy ricos lechos fueron echados, y allí reposaron hasta la siguiente mañana, la cual venida, acabaron de ver las grandes maravillas del Castillo de Amor, como agora diremos. [...]

Cuando el alumbrador del mundo comenzaba a resplandecer por nuestro orbe mundano, su orizón ya queriendo cercar, con gran hermosura al primer grado de la zona salía, se levantó el sabidor Artidoro y la sabidora Arismena, su muger, y luego sonaron en todo el Castillo de Cupido muchos instrumentos altos, con los cuales los donzeles despertaron, que muy sossegados avían dormido, como aquellos que libres de

todo cuidado se sentían. Y luego fueron vestidos de muy ricas ropas por mano de los gigantes y, saliendo a la rica sala donde la noche antes avían cenado, hallaron en ella a sus padres los sabidores y, aviéndose recibido muy bien, almorzaron abastadamente. El sabidor tomó por las manos al príncipe Leandro el Bel, y los otros en su seguimiento fueron por el castillo, acabando de ver sus maravillosos edificios, hasta que entraron a una huerta que en medio de estraño castillo se hazía; y aquellos edificios cercaban aquel vergel, el cual, puesto que no fuesse muy grande, era tan deleitoso, con diversidades de árboles cargados de frutas que todo el año llevaban, que el hermoso vergel en que ellos se avían criado, en comparación d'este, era como nada, porque allí no faltaban melodiosos páxaros, que con sus harpadas lenguas, con concordadas voces, melodiosas armonías hazían con tanto ingenio que a sus tiempos interponían sus pausas y tonos, que más paraíso terrenal que otra cosa parecía, pues el fresco y verde suelo, con sus muchas flores, continuo estava rociado del agua que de hermosas y cristalinas fuentes salía, salvo que por no cansar mi pluma y dar fastidio al lector, no las cuento. Basta saber que fue fabricado por la mano del gran sabidor Artidoro y de su muger Artimena. En medio d'este fresco jardín, se hazía la otra quinta torre que, como avemos contado, tenía sobre lo más alto el dios Cupido hecho de fino oro, y por esso se llamava el Castillo de Cupido. Y siendo llegados a la torre, que de gran hermosura era, vieron sobre las puertas unas letras que ansí dezían: *Esta es la morada del dios Cupido, donde cualquiera que viene conosco la causa de su desengaño.* Leído que uvieron las letras, sin más se detener, todos subieron por una escalera de la torre a lo alto del castillo, hasta que se hallaron en otra cuadreta muy más rica que las passadas. En me-

dio d'ella, estava una grande y bien obrada figura de un mundo, que sobre los exes se sustentava, tamaño como una gran rueda de carreta, tan maravilloso que todas las cosas que en el mundo passavan, se vían allí muy claramente, y esto era lo que cada uno desseava, porque todo era imposible, y por esto se dize de los secretos de amor, porque cada uno, si quería ver a su amiga, y desengañarse de lo que por él passava, lo podía allí muy fácilmente ver, y lo más que aquella aventura tenía, era que a todos era lícita su entrada.

Bolviendo, pues, a nuestro propósito, luego que los príncipes uvieron entrado allí, y el sabidor les uvo mostrado los secretos del encantado castillo, todos ellos pusieron los ojos en la ciudad de Constantinopla, porque mucho desseo tenían de verla, por las cosas que d'ella avían oído al sabidor su padre, y allí vieron las grandes justas y torneos que en la ciudad passavan, la grandeza y alteza de aquella tan nombrada ciudad, los muchos caballeros, las grandes galas e invenciones que traían sin saber nadie quién eran, y mirando más adelante vieron a los honrados emperadores, que bien mostravan sus presencias y la majestad de sus soberanas personas ser mer[e]cedoras de la señoría del mundo. Más adelante vieron a la princesa Cupidea de Constantinopla, tan llena de fermosura que, assí como el hermoso Leandro el Bel la vido, por poco no cayó de su estado en el suelo, y tornando en sí se puso a contemplar su gran hermosura sin saber quien era, hasta que a su petición el sabidor Artidoro le declaró cómo era la princesa Cupidea. Pues no menos aconteció a otro de los donzeles, que Rosafán mortalmente fue llagado de la grande fermosura de una donzella que en el mundo vido estar, la cual el buen sabidor les declaró que era una infanta hija del rey de Dacia, llamada Drismena, y puesto que todos los

otros donzeles anduviessen mirando lo que más les plazía, no lo hazía Leandro el Bel mirando a su señora Cupidea, que no quisiera jamás apartarse de allí por ninguna vía. Assí estuvieron sin decendir de la torre hasta que era ora de comer, que mandó el sabidor viendo quanto holgavan allí Leandro, a quien él tanto desseava servir, que les fuessen allí puestas las tablas, y siendo sentadas jamás el buen Leandro el Bel quitava los ojos del mundo, antes contemplava en su señora que a la sazón a sí misma comía. Aunque la vio con semblante triste, no dexava de sentir algunos estímulos del peregrino amor, o por mejor dezir de los incomportables celos, no amasse por dicha algún cavallero. Y de quien él más temía, era de aquel Cavallero de las Donzellas, que tan loçano allí veía, y ciertamente si en su mano fuera él se combatiera con él de buena gana hasta la muerte, y más por parecerle que mirava demasiado a su señora. Assí passaron hasta ser fenescida la comida, que muy poco tomó d'ella el príncipe Leandro el Bel, ni otros de sus compañeros, y con los otros que libres de tal cuidado estavan mirando las maravillas que allí passavan, y todo el resto hasta la noche les pareció casi nada. Viendo el sabidor que era tiempo de baxarse de allí, porque ya el hermano de Proserpina dexava de hazer su oficio para cumplir con el otro inferior hemisferio, entonces por fuerça los hizo el sabidor baxar de la torre, porque reposassen, que cierto más reposo les fuera, en especial a Leandro el Bel estar mirando a su señora Cupidea, y muchas vezes estuvo por bolverse a la torre, si no fuera por no enojar al sabidor, y con aquello se metió en su lecho dando mortales sospiros, diziendo cosas que gran lástima era verlo tan maltrecho, porque, derramando infinitas lágrimas de sus hermosos ojos, dezía:

-Amor, ¿por qué causa en lo más tierno de mi edad me quesiste subjectar a tus crueles leyes? ¿Cómo no usaras conmigo de alguna piedad, no en dexarme de herir, pues contigo no lo puedes acabar, mas en darme la muerte? De sabidor Artidoro, mi señor, y estas son vuestras grandes profecías, que de mí a grandes voces pronosticávades, ¿cómo tan presto avéis de faltar, faltándome la vida, que con tan insufrible pasión, es imposible poderla substentar?

Éstas y otras muchas cosas dezía nuestro buen Leandro el Bel en toda aquella noche, hasta que venido el día se subió a la cuadra de los secretos del mundo, y allí passava todo su tiempo hasta llegar donde ivan guiados por el saber del gran sabidor, como agora contaremos. (caps. xix-xx).

## **2. Enfrentamiento del Cavallero de las Donzellas y el Cavallero de Cupido por el amor de la princesa Cupidea**

Tanta era la tristeza y malenconía del Cavallero de las Donzellas de verse tan fuera de la gracia de su señora, y que cada día visitava al Cavallero de Cupido, e que d'él no tenía memoria, que de pesar se quería dexar morir, y llorando maldezía su ventura muchas vezes cada hora, diziendo:

-Floramor, el más desdichado cavallero de los nascidos, ¿cómo tan contraria es tu ventura que no te baste ser sobrado d'este Cavallero de Cupido, sino que él se aparte para apartarte del amor de tu señora Cupidea? Mas no será parte para que yo no pierda la vida, o del todo la quite a este que assí me causa a mí la muerte.

Y con aquello, las más vezes que los médicos venían, no hallavan mejoría alguna en sus heridas. Antes, de cada mo-

mento empeoravan tanto, que tardó en sanar más de dos meses. Al cabo del cual tiempo, siendo guarido, se pudo levantar, de lo cual mucho holgó el emperador, porque después del Cavallero de Cupido, no amava más a nadie que a él, y mucho hazía mirar por su salud. Y siendo sano, iba a visitar a la emperatriz y a la princesa, que nada holgava con su visita, ni menos el Cavallero de Cupido, que si él tuviera lugar para poderse d'él vengar, sin dubda lo hiziera, mas, como no podía, sufríase con la confiança que en su señora tenía. Y lo más que hazía era irse cada noche a las espaldas del aposento de la princesa Cupidea, y allí cantando y lamentando manifestava su pena lo mejor que podía. Pues, como el amor, que en el pecho del Cavallero de las Donzellas reluchava, no lo dexava reposar, ansí mismo pensando de descansar, se fue al mismo lugar donde el Cavallero de Cupido estava armado de sola una loriga y una cofia de armar y su espada. Y llegando a una calleja que allí salía a un lugar muy solitario, donde por maravilla aportava gente, y allí salía una finiestra de la princesa Cupidea, aunque muy alta y por la otra parte estava la alta cerca de la ciudad, llegando pues allí el Cavallero de las Donzellas, estuvo un rato suspenso, oyendo tocar un laúd tan maravillosamente qu'él fue maravillado; y por ver en lo que pararía, estuvo quedo y tras del laúd oyó cantar una angélica boz del cavallero, tal que en su vida otra tal avía oído. El qu'el laúd tañía era el mismo que cantava, y bien parecía en su requiebrada boz que no pequeña pasión traía, porque dando un crescido suspiro, començó a cantar un hermoso romance, el cual ansí dezía:

*El dios Cupido  
su arco encorvado  
contra mí muy fuerte  
lo avía flechado;*

*tiróme saeta  
de caxto dorado,  
dexóme herido,  
dexóme llagado  
desqu'ella, en quien  
su nombre ha dexado,  
con mayor beldad  
que en él ha quedado.*

Aviendo el Cavallero de las Donzellas oído la boz del cavallero que cantava, luego conoció que era el Cavallero de Cupido, y fue de aquello tan enojado que, no mirando cosa de las que le pudieran venir, llegó adonde el Cavallero de Cupido estava, y puesto que hazía muy oscuro, claramente le vido, y diciendo:

-¿Cómo, Cavallero de Cupido, todavía queréis porfiar en lo que no merecéis, que es el amor de la princesa Cupidea, pues sabéis que no conocéis padre ni sabéis quién es?

El Cavallero de Cupido, que assí oyó hablar al Cavallero de las Donzellas y lo conoció, dexando la bihuela, puso mano a su espada y manto, porque otra arma no traía. Y ansí mismo el Cavallero de las Donzellas puso mano a la suya y a su manto, y con menos temor que si armados estuvieran, se comiençan a tirar tan grandes y crescidos golpes, que era cosa maravillosa de ver, que si su mucha ligereza no les valiera, en breve espacio fueran muertos. Mas era tanta, junto con su destreza, que el uno al otro se hazían perder los golpes. Ya de los mantos no tenían cosa alguna, hasta que, al ruido de los grandes golpes, començó a acudir mucha gente, y los cavalleros todavía no cessavan de su peligrosa lid. Tanta fue, pues, la gente que sobrevino y la rebuelta fue tal, que todas las justicias no bastavan a apaziguarla, porque los unos a los otros se herían sin piedad, y ya los dos valientes cavalleros, tomando el Cavallero de Cupido su laúd, se avían ido

cada uno por su parte a sus posadas muy tristes, por no se poder dar la muerte, dexando trabada aquella quisti6n de tal suerte que, sin verse los unos a los otros, se avían muerto más de diez hombres. Tanto que vino a oídos del emperador, el cual con sola una ropa encima, y con muchas hachas delante, fue al lugar de la pelea. Y, viéndolo a él, todos

cessaron de su batalla, quedando más de diez hombres muertos; y el emperador mismo comenzó a hazer pesquisa sobre quien serían, mas ninguno supo dezir cosa alguna d'ello, más que unos se matavan a otros sin piedad alguna. Y viendo el emperador que no podía saber cosa alguna, se tornó a su aposento muy enojado. (cap. xlv).

### 51. LIDAMARTE DE ARMENIA

de Damasio de Frías y Balboa

(1568 [1590])

por

José Manuel Lucía Megías

#### TESTIMONIO

[1] Bancroft Library (Universidad de California Berkeley): ms. 118 [→]

#### TEXTOS

##### 1. El infante Lidamarte es armado caballero en la corte de Constantinopla (con el relato de su infancia y el inicio de sus amores).

Con estos todos llegó Dárdano aincar las rodillas delante de su tío el enperador, suplicándole fuese serbido de le otorgar a él y a todos aquellos jentiles donceles que allí con él estaban la horden de cavallería, que, pues ya sus edades la pedían, no se los debía negar, mayormente en saçón tan aparexada para poderle servir con sus personas y bidas. Plugo al enperador su demanda en tal tienpo por ver en ellos grandes

muestras de un generoso esfuerço y futuro balor, que no de poco momento entendía que le podría ser en una guerra como la que enprender quería. Y así les mandó que aquella noche belasen todos las armas para otro día armarlos cavalleros. Ellos, besándole las manos, se levantaron en estremo contento.

Aquella tarde se pasó en consultar el modo y aparatos de guerras. Pasado el día, despedidos aquellos reis y señores, los nobeles cavalleros belaron las harmas en la iglesia mayor, y la mañana venida, la enperatriz y princesa Diomedea, con todas sus damas y doncellas binieron aconpañadas del enperador y toda

**BIBLIOGRAFÍA:** Eisenberg-Marín: nº 1830. **EDICIÓN:** Antonio Cortijo (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, en prensa. **ESTUDIOS:** Cozad (1976) y Lucía Megías (1996).